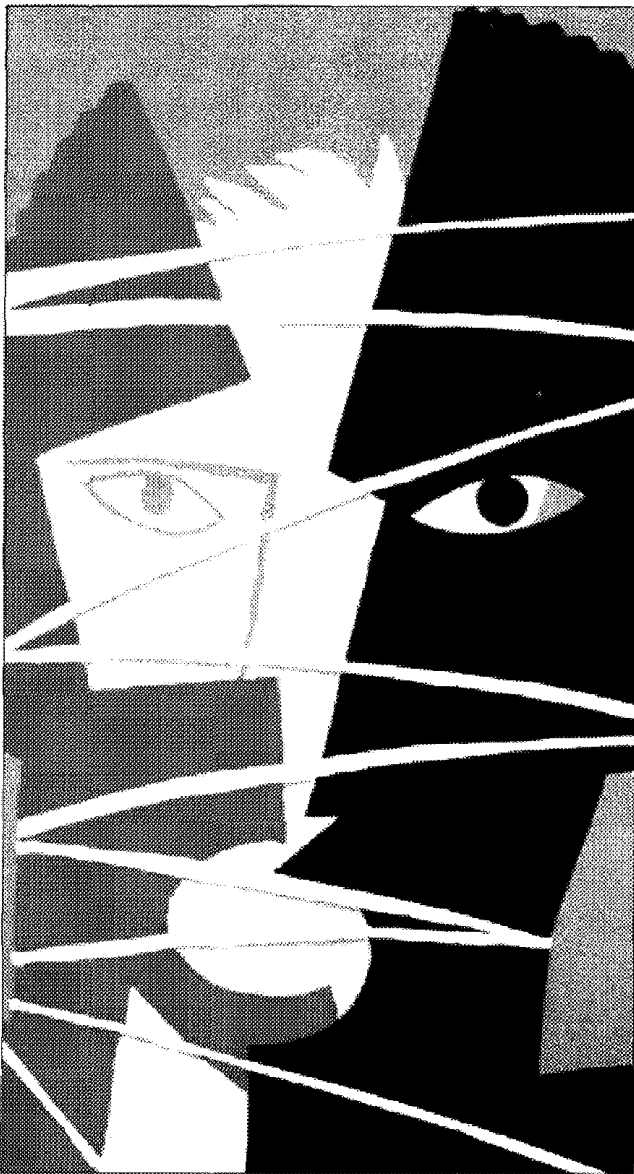


La biblioteca y las otras culturas

FRANCISCO SOLANO



*El egoísmo y el odio tienen de por sí una patria,
la fraternidad no la tiene.*

Lamartine

Tal vez no exista una contradicción más inquietante, más en carne viva, que una biblioteca que niega su propia noción de universo, de totalidad. No cabe duda que una biblioteca, al menos espacialmente, es un ámbito limitado, pero su función, el sentido mismo que la anima, es inagotable, como es inagotable el saber, los libros y la memoria. Cuando pensamos en una biblioteca, el emblema que se nos dibuja en la mente es un lugar donde está todo: la cartografía, la historia, los mitos, el poema, el manual de cocina, la mineralogía, el comportamiento de los animales salvajes. Una biblioteca es un espacio que genera respuestas, que despeja interrogantes, dudas, imprecisiones, y que genera, además, en el usuario, una suerte de felicidad, la dicha de penetrar en un laberinto que no oprime su corazón, sino que expande y magnifica su alma, es decir, su experiencia. Sucede así, por tanto, que cuando una biblioteca frustra esa expectativa, cuando el usuario sale con las manos vacías, con la misma interrogación, duda o ignorancia que le llevó a atravesar esa puerta, entonces ese lugar, la biblioteca, es un error o una falla, un equívoco que perturba la naturaleza misma del saber, del que la biblioteca, suponemos todos, es activa depositaria.

¿Qué sucede entonces? ¿Hasta qué punto debe una biblioteca proporcionar siempre respuesta a las de-



Jóvenes filipinos. // BLANCA BERLIN

mandas de sus usuarios? Visto el problema como una petición o una exigencia, está claro que la diversidad de usuarios es tan incalculable que sólo la Biblioteca del Congreso de Washington podría satisfacer esa demanda. Ahora bien, en el germen fundacional de cualquier biblioteca, sea ésta del tamaño que sea, se debería encontrar esa necesidad, o acaso esa arrogancia, de ofrecer respuestas a cualquier usuario, puesto que en la frustración de los usuarios radica el fracaso de la función social de las bibliotecas.

Este planteamiento -exagerado, desde luego, pero acaso no del todo impertinente para el tema que nos ocupa: la biblioteca como espacio abierto a otras culturas, en un número dedicado al racismo-, no pretende otra cosa que suscitar, o remover, la conciencia de que vivimos, no ya en la famosa aldea global, sino en una interrelación de culturas foráneas, cuyas manifestaciones son siempre más complejas que la imagen que de ellas nos muestran los medios de comunicación. Hoy día, en cualquier ciudad europea, la presencia de ciudadanos llegados de África, Asia o América, de distintos países y tradiciones culturales, es una realidad demográfica cuya

magnitud en la vida cotidiana no puede ser negada. Sin embargo, lo que sabemos de esas otras culturas, de esos grupos de inmigrantes asentados en nuestro suelo, está subordinado a las noticias, a un anecdotario de sucesos donde se muestran sus aspectos

más residuales, aspectos que colindan, por lo común, con la marginación y la delincuencia. En esa imagen hay una sustracción de su condición de hombres libres, insertos en su peculiar memoria y tradición cultural, cuya riqueza, sin embargo, soberbiamente ignoramos amparados por la preeminencia de nuestra cultura europea. "La prensa presenta a los migrantes -ha escrito Enrique Santamaría (1)- como coro de las denuncias oficiales de la arbitrariedad legislativa y administrativa, de los "casos" de discriminación y de las agresiones racistas. Los migrantes son así evacuados como sujeto sociológico y correlativamente configura-

dos como objeto de intervención social: son irrelevantes socialmente en tanto en cuanto son definidos como meros portadores de un 'factor de riesgo'".

Esa presencia social, desfigurada y negada por los medios de comunicación, termina configurando una

*Vivimos, no ya
en la famosa
aldea global, sino
en una
interrelación
de culturas
foráneas.*

negación del saber mismo, puesto que esos individuos, que pueden pertenecer a la cultura islámica, por ejemplo, o ser depositarios de una rica tradición oral o musical, quedan sin embargo reducidos a unas pocas notas distintivas, notas que conforman un juicio adverso, un prejuicio, en lugar de suscitar el conocimiento.

¿Pero qué sucede cuando no nos conformamos con esa imagen, cuando queremos saber de qué está constituida esa otra cultura, cuando queremos conocer qué cultura conforma al inmigrante o al extranjero? Es evidente que aquí la biblioteca debe, y puede, jugar un papel decisivo, pues está a su alcance disponer de los materiales idóneos para que ese acceso nos involucre en otro mundo, en otra cultura, y borre, por tanto, los prejuicios y la estrechez de nuestra mirada. En esa desviación de los ojos que no quieren ver al "otro", ni conocerlo, porque su presencia nos exige una suspensión de nuestra seguridad, de nuestra identidad, se halla el germen del racismo, la jerarquización entre lo que es importante y lo que puede ser negado. Foucault, al preguntarse, desde un análisis de la genealogía del poder, qué es propiamente el racismo, concibió una respuesta que toca la células mismas del problema: "En primer lugar -escribió-, es el modo en que, en el ámbito de la vida que el poder tomó bajo su gestión, se introduce una ruptura, la ruptura que se da entre lo que debe vivir y lo que debe morir. A partir del continuum biológico de la especie humana, la distinción entre razas, la jerarquía de las razas, la calificación de unas razas como buenas y otras como inferiores, será un modo de fragmentar el campo biológico que el poder tomó a su cargo, será una manera de producir un desequilibrio entre los grupos que constituyen la población" (2).

"Producir un desequilibrio", he aquí una imposición que ninguna biblioteca debería admitir. Al abrirse a un público heterogéneo, incluso heteróclito, más o menos imprevisible y dispar, la biblioteca aspira, o debería aspirar, a armonizar los aspectos más extremos o disímiles de la población, y a ofrecer a todos los grupos un espacio de reconocimiento de sus propias raíces. La cultura, a fin de cuentas, no es otra cosa que asombro o curiosidad, avidez de saber, encuentro con el otro, que es siempre el reflejo de nuestra ignorancia al otro lado del espejo. La biblioteca, por definición, posee una vocación de universalidad, y esta vocación rechaza el secuestro de cualquier manifestación cultural que se produzca o manifieste en el territorio donde ésta

se asienta. Incluso se podría afirmar, extremando al límite esa vocación de universalidad, que una biblioteca recibe este nombre en la medida en que demuestra que nada le es ajeno.

Hoy, que vivimos una época donde las fronteras culturales ya no son geográficas, sino que, por decirlo así, flotan en el aire y se expanden en una circulación de noticias cuyo efecto más inmediato es aturdir al ciudadano, incapaz de asimilar las causas, el contexto o la historia de esos sucesos, sean éstos una guerra, una enfermedad contagiosa o la zona marítima donde un barco se hunde, no cabe duda de que, si no queremos permanecer pasivos ante los acontecimientos,

y si deseamos, en verdad, comprenderlos, la biblioteca debe suscitar el acceso a una información pertinente y al entendimiento cabal del mundo en que vivimos. De este modo, la biblioteca cumpliría así una función, más que social, de intervención en los sucesos de la historia.

Con más razón, si cabe, la biblioteca no puede permanecer indiferente a las otras culturas, especialmente cuando éstas conviven en el mismo suelo, aunque sea de un modo marginal, ya que este desconocimiento o negación de la presencia de otras culturas delataría su carácter restringido, y por tanto la ineficacia o insolvencia de la biblioteca como institución viva y acorde con su propia época. En consecuencia debe gestionar el

aprovechamiento de fondos documentales de otras culturas, y el acercamiento a esos fondos de los ciudadanos inmigrantes o extranjeros, del mismo modo que propicia talleres de animación a la lectura o convoca cursos de educación de adultos. En el tejido social, tanto la inmigración como los prejuicios racistas que ésta acarrea se presentan hoy como un fenómeno de consecuencias sociales imprevisibles. En la biblioteca, qué duda cabe, no está la solución a un mal que acaso es endémico, y más político que cultural, pero tampoco puede ser una realidad ignorada, porque se estaría ejerciendo así, incoscientemente, una suerte de racismo de igual gravedad que el desprecio deliberado. Por lo demás, no se trata de una nueva tarea que añadir a las múltiples funciones de la biblioteca, sino que está en su misma razón de ser. ¿No es la biblioteca también un ámbito de reconciliación?

(1) (Re)presentación de una presencia. La "inmigración" en y a través de la prensa diaria / Enrique Santamaría, en *Archipiélago*, núm. 12, pág. 68.

(2) FOUCAULT, Michel: *Genealogía del racismo*, Madrid: La Piqueta, 1992, pág. 264.

*Incluso se
podría afirmar,
extremando al
límite esa
vocación de
universalidad,
que una biblioteca
recibe este nombre
en la medida
en que demuestra
que nada
le es ajeno.*